

GRUPO DE LA UNIDAD DE IGUALDAD DE GÉNERO

PIONERAS

Carta sobre la vida de:

Mujer del Carpio

Escrita e interpretada por: María Perlines Benito



Fuente: Centro cultural San Clemente
Autor: Arturo Asensio

Mujer del Carpio

Extranjera
Se asentó en Toledo
La época en la que vivió es
cercana a la Edad de Bronce

Yo nací al sol del mediodía, en una tierra cerca del mar. Mi ciudad se encuentra en la desembocadura de un gran río, en lo alto de un cerro amurallado desde el que se divisa el puerto.

Hasta allí llegan comerciantes del otro lado del mar, fenicios, griegos, itálicos. De niña iba con mi madre a vender fruta y, sentada toda la mañana, me aturdí y emocionaba el trasiego de gente: su manera de andar, sus gestos y la amalgama de lenguas que no entendía. Me gustaban especialmente los fenicios. Sus barcos eran los más grandes entonces, los que traían más objetos, los que se llevaban más grano, más metal. Sabían usar moluscos para teñir de rojo y púrpura sus ropas. Eran deslumbrantes con todos esos colores entretnejidos formando dibujos. Los fenicios se distinguían claramente entre la multitud.

También los objetos que traían eran especiales. Desde las grandes tinajas para transportar grano y líquidos hasta los pequeños perfumadores. Todo era diferente, nuevo y llamativo.

Siempre bebían en recipientes de color rojo y eran extremadamente ceremoniosos a la hora de entablar relaciones. Una vez probé la pasta de pescado que preparaban en la factoría cercana. También usaban unos símbolos que grababan en los recipientes con una rama firme y delgada.

Los fenicios eran los principales responsables de la afluencia de gente al puerto. Gente que llegaba de otras orillas, pero también gente de tierra adentro. Como el pueblo que me acogió tras mi casamiento. No puedo decir que esta tierra en la que ahora ya descanso me haya tratado mal, aunque siempre deseé regresar. También aquí he vivido sobre un carpio, sobre un cerro, cerca de un gran río. Pero la vista desde lo alto es una sucesión de pequeñas lomas, pastos y campos de cultivo.

Aquí se llega siguiendo el valle a lo largo de muchas jornadas desde las tierras más bajas y el mar. Este lugar en medio de la meseta es un sitio de gran valor pues los vados cercanos de este río facilitan continuar la marcha hacia el norte y hacia el este.

Aquí llegué muy joven. Sin conocer a nadie. Formando parte de un cargamento. ¿Las mujeres somos valiosas? Somos parte del negocio. Somos algo que se puede usar durante mucho tiempo si hay suerte. Nosotras, las mujeres del sur, tenemos fama de ser buenas criadoras. Tenemos muchas criaturas y nos viven en un porcentaje muy alto. Nuestra sangre aporta vigor a la de estas tierras.

A lo largo del tiempo se establecen relaciones comerciales que facilitan el intercambio de lo que aquí se produce por lo que desde allí ofrecen.

Estas relaciones se sellan con encuentros muy protocolarios en los que los hombres negocian durante días: se sientan, comen, beben, discuten y regatean. Y nosotras somos una parte fundamental, aunque no participamos de ello. Vamos y venimos sin ser consultadas. Casamos, engendramos, cambiamos de dios y de hábitos por imperativo del negocio.

Para esta gente de tierra adentro los intercambios comerciales son una forma de aprender novedades y de enriquecerse. Los jefes de este pueblo acumulan objetos únicos, exclusivos, que les diferencian del resto de los hombres. Lo que conocen a través de las relaciones con los extranjeros les otorga poder sobre el resto de su clan y frente a otras poblaciones de la zona. La manifestación del poder implica control sobre las tierras fértiles, sobre los mejores pastos, sobre los intercambios. Así, su mayor capacidad de acumular grano, armas y gente asegura la supervivencia de su familia y de su clan.

A través de estas relaciones las costumbres van cambiando. Por ejemplo, el ritual con el que han sellado mi tumba es aún extraño en esta tierra, aunque hay una mezcla de tradiciones. Mi cuerpo se entierra a diferencia de lo que sucede en el sur, donde los cuerpos muchas veces se queman.

Después se ha celebrado una ceremonia en la que toda la familia se reúne para comer y beber. Los restos de comida se entierran también, así como los cuencos decorados que han usado los miembros del clan. El clan de mi esposo es importante. Los cuencos enterrados se han usado sólo para el ritual de mi entierro.

Además, los dos cuchillos de hierro que mi esposo ha depositado junto a mi son muy raros. Es un metal que apenas empieza a conocerse por aquí.

Mis joyas de plata y bronce y las botellitas y cuencos cerámicos son los objetos que he conservado de mi origen durante mi vida. Atrás dejé mi lengua, mis costumbres, mis creencias. No he podido educar a mis hijos en lo que yo era sino en lo que ellos son.

A veces los hombres se reúnen e intercambian saberes que yo podría explicar. Pero ni siquiera estoy invitada a enviar mensajes a mi madre. No sé nada de ella. Ni ella de mi. Y eso sucede con mis hijas. Hace tiempo que despedí a la mayor. La separación de la menor ha sido fatal para mi. Era tan niña que puede que no me recuerde. Mis tres hijos varones se crían ya a la sombra del jefe.

No he llegado a cumplir los 26 ni mi nuevo bebé su primer año de vida.